

El objetivo final debe de ser, siguiendo a los autores citados, una búsqueda “paciente y modesta de la verdad”, situando la prueba documental en el centro del estudio, de modo que el relato se fundamente en hechos comprobados y quede explicado de manera razonable y verosímil. Y hay, por último, otras dos vías, más practicadas en las historiografías alemana y británica, que se conectan, en un caso, con “la historia de lo cotidiano” –el programa de la *Alltaggeschichte*, cuyos representantes son Alfred Lüdtkke, Carola Lipp y Hans Medick— y, en otro, apuesta por una “historia desde abajo”, de marxistas británicos como E. P. Thompson, E. J. Hobsbawm o C. Hill.

Rescatar a unos protagonistas desconocidos para que no queden silenciadas sus voces permite establecer los intersticios entre lo individual y lo social, entre la Historia y la memoria. El pasado nunca termina de pasar, pues vivimos un presente que es proyección y herencia del pasado. Y la perspectiva “micro”, permite conjugar mejor ambas perspectivas, la memorial y la historiográfica.

Una vez justificado el armazón teórico, toca definir el objeto de estudio, una localidad representativa a lo largo de dos etapas diferentes. El entorno es el municipio manchego de Almagro. La primera etapa se centra en el Radio comunista y una organización complementaria, el Socorro Rojo Internacional (SRI), improvisados durante la guerra civil. La segunda, la incipiente reorganización de un comité en la posguerra. La finalidad de todo ello es analizar un modelo que sea identificable en un entorno rural medianamente poblado, donde adquirió características propias. El lector podrá encontrar en pocas páginas, o al menos ese es nuestro propósito, una representación diferente

a los estereotipos fijados en torno a los dirigentes comunistas de la primera mitad del siglo XX, dando mayor protagonismo a unos camaradas que no llegaron a héroes, pero sí a víctimas.

Sobre el Partido Comunista de España (PCE) contamos ya con un buen repertorio bibliográfico, desde planteamientos metodológicos y enfoques diferentes.^[4] Aunque es limitado el conocimiento que, a día de hoy, disponemos de organizaciones comunistas locales (células, radios o comités). Falta por averiguar, por ejemplo, hasta dónde funcionó en éstas la estrategia de “gran camuflaje” o la “memoria roja”.^[5] Cuando se hacen catas significativas, con estudios de caso, se puede investigar de manera aplicada cómo se produjo el crecimiento acelerado de la militancia en un contexto expansivo y propicio en la retaguardia republicana, o buscar explicaciones sobre su conversión en una organización interclasista, no siempre controlada por los comités provinciales, que resultaba atractiva para sectores temerosos de la revolución –que apreciaban el papel del partido para frenarla y su respeto por la pequeña propiedad— y para afiliados que valoraban su prestigio y virtudes militantes. Del mismo modo, se puede testar la cesura de la posguerra y el influjo de la identidad antifranquista en la cultura militante.

Adentrarse en este terreno supone un reto historiográfico. Las fuentes son escasas, suelen quedar huellas dispersas y seguir su rastro implica un esfuerzo no siempre recompensado. Las escasas investigaciones que nos han llegado suelen primar las facetas personales de sus dirigentes, sus momentos de crisis y expansión, propaganda y relaciones orgánicas, pero poco se cuenta de sus aspectos organizativos. Y prácticamente no se ha estudiado la relación de las